

Algunos relatos: "El suicida dio las gracias"

Samuel Linares



Image not found.

Capítulo 1

El suicida dio las gracias.

reía hasta que se dio cuenta de que no iba a frenar. su gesto se cambió entonces por el de uno muy parecido al de los muertos, con los ojos a punto de salirse y la boca abierta y petrificada. sostenía una copa de champagne en la mano derecha. su brazo entero temblaba. tenía puesto un vestido blanco de seda, muy fino y ajustado, que en ese preciso instante le venía demasiado grande. no era un buen traje fúnebre.

veníamos de una fiesta. una reunión social absurda. yo me estuve ausentando casi toda la noche porque tenía que hacer diversos preparativos. lo que más tiempo y angustia me llevó fue ir al cementerio a por el cadáver. era un plan bastante sencillo. a ella no le importaba no verme en toda la noche. era una estúpida. sabía porqué estaba conmigo. porqué una chica como ella estaba con un tipo como yo, carente de facultades masculinas y de atractivo alguno. no había más que verla. era pelirroja natural. los mechones de pelo que brillaban con brillo anaranjado se le pegaban al sudor de la frente, pálida. se podían entrever algunas venas azules. pero ninguna arruga. era jovial y sensual como una súcubo.

a ella le gustaba el éxito. era lo que atraía a muchas mujeres. yo era un mal escritor. lo sabía, y no lo negaba. si alguien me lo hubiera dicho a la cara, en una conversación, aunque fuera de manera despectiva, le hubiera dado la razón. no era ningún secreto. pero había un sector de la población lo suficientemente idiota como para sentir simpatía por mis novelas. sabía que no estaba bien insultarles. ellos me daban de comer. ellos pagaban el coche en que yo y esa sudorosa y asustadiza belleza íbamos montados. pagaban el traje de seda en el que iba embutida. pero yo no había nacido para eso.

como a ella le gustaba el éxito, le faltó tiempo para conseguir una oportunidad de conocer al escritor superventas que más se estaba vendiendo. en ese momento reía y sonreía y era cordial y amable y picaresca. en el coche en el que íbamos gritaba y me golpeaba con el bolso con brillantes. la conocí en una fiesta, otra aburrida reunión social a las que mi agente me obligaba a ir. decía que tenía que tener más trato con el público. ella no formaba parte de mi público. decía que le gustaba leer, leerme, sobretodo. no era cierto. estaba a mil millas de distancia de ser cierto. se metió en mi cama aquella misma noche. cuatro o cinco horas después de conocernos. yo no se lo permití, pero tampoco le puse objeciones. en realidad, debería darle las gracias. fue después de acostarme con ella, a la mañana siguiente, cuando la editorial envió el ejemplar de muestra de mi última novela para que diera mi opinión y poder publicarlo, cuando decidí qué hacer. era un plan sencillo.

-¡Gracias! – grité, conduciendo y sonriendo.

ella no supo cómo reaccionar. durante unos segundos se quedó callada, mirándome pero con los ojos puestos mucho más allá, en algún lugar en el que deseaba estar con todo su corazón. me atreví a imaginar cuál sería ese lugar. seguramente su cama, acostada, cubierta con las sábanas. ella desearía que todo fuera una pesadilla. desearía rehacer su vida desde que se la empezó a ganar de esa ruin manera. en ese aspecto sentí una afinidad con ella que nunca había sentido. quizá también desearía hallarse en la casa de sus padres. cuando era una niña. cuando no había peligro alguno. al lado de su madre, sentada en el sofá, viendo una película. un escenario cotidiano e incluso aburrido que se había convertido en un paraíso. me miró. luego empezó a gritar de nuevo, más fuerte y viva.

me hubiera apostado un brazo a que en aquél momento se sentía más viva que nunca. todo lo viva que podía sentirse. ella no lo sabía con seguridad. sólo lo sospechaba, pero olía la muerte. sabía que no iba a levantar el pie del acelerador. podía intuirlo, en el fondo lo sabía. y tenía razón.

cuando entré en el cementerio por la noche sentí cierto miedo y respeto hacia cada una de las tumbas. era como si respirasen debajo de los metros de nieve. sus corazones latían con demasiada fuerza. creí desmayarme cuando hundí la pala a pocos metros de su ataúd y saqué el primer montón de tierra. luego el segundo. se me escapaba el aire.

¿Acaso estaba enterrándome a mí mismo, metafóricamente? me quité la chaqueta y seguí. luego me desanudé la corbata; me ahogaba. cuando creía que me moría, que iba a pasar el resto de mis días con todos aquellos muertos, escuchando sus corazones latir, sus órganos descomponerse, escuchando su respiración, sus funestos murmullos. escuchando su muerte. cuando creía que mi plan había resultado un fracaso, escuché un ruido al hundir la pala. la tiré y comencé a escarbar con las manos. reí de alivio al hallar la madera del ataúd. aparté toda la tierra que pude y con la pala hice palanca para poder abrirlo. al contemplar el interior del cajón funerario se me vino toda la vida encima, aplastándome y sepultándome. escuchaba con más agonía la vida de aquél cementerio. como un poseído por la locura, miré la tumba. leí hasta abajo del todo, ignorando el nombre del difunto y la fecha de su muerte. aparté unos hierbajos y leí con total claridad las palabras: "Tumba simbólica." y leí más arriba: "Pierre de Maupassant. Una de las víctimas del naufragio del barco de pesca Le Font." la boca se me hizo amarga y se me reseco. ¡El ataúd estaba vacío!

tuve cuidado de leer la siguiente tumba que profané antes de cavar. sin embargo, tardé varios minutos en encontrar una que no fuera un entierro simbólico y que fuera una muerte más o menos reciente. nunca le di más importancia de la que tuvo. llevé el cadáver putrefacto a mi coche y lo metí en el maletero. le puse el esmoquin que había usado para traerle de nuevo al insufrible mundo de los vivos y yo me puse uno nuevo. era un plan sencillo. se había complicado un poco, pero seguía siendo un plan sencillo. volví a la reunión social y la chica del vestido de seda y la copa de champagne me saludó con una efímera sonrisa. luego siguió hablando con el músico o con el director de cine o con el pintor famoso y forrado de dinero y riquezas con el que estuviera hablando. yo fui a la barra y pedí un buen whisky. me había acostumbrado al buen whisky. bebí en su honor, con una sonrisa en los labios.

en aquél momento, mientras bebía, mientras el alcohol quemaba mi garganta, no me importaba oír su voz. sin dejar de mirar la carretera, le quité la copa y me la bebí de un trago. luego la tiré a la carretera desierta y oscura. no la escuché caer. sus gritos eclipsaban cualquier sonido. no había ningún coche. eso era bueno. me daba total libertad. había una infinidad de relatos con una historia genérica y reutilizable en los que un asesino descuidado mataba a alguien en la carretera y un conductor curioso lo veía. ese era su fin. todas las historias acababan igual. no quería que me pasara algo parecido. no quería convertirme en uno de mis personajes, no quería ser un odioso cliché. conducía lo más rápido que podía hacia el barranco. estaba a un par de kilómetros de la mansión en la que se celebraba la fiesta. no podía tardar mucho. su voz ralentizaba el

tiempo.

en una ocasión ella fue la que me invitó a una fiesta. le pregunté qué era lo que se celebraba y me dijo que no había nada que celebrar. no fui a aquella fiesta. ella se enfadó conmigo. ya llevábamos saliendo unos cuantos meses así que había reunido la confianza necesaria como para enfadarse o insultarme. la chica del vestido de seda y la copa de champagne había tirado el anzuelo y luchaba por su pez, segura de que no iba a escapar. era una relación puramente carnal, pero había que fingir lo contrario. yo ni siquiera disfrutaba con el sexo. no con el suyo. llegaba a sentir aversión hacia él. cuando llegó de la fiesta por la noche, se durmió. yo estaba en mi supuesto estudio. se quedaba en mi casa, pese a que no sabía quién era yo y yo no sabía quién era ella. había veces que dudaba de si realmente tendría casa. seguramente no. llegó y estaba tan borracha que pareció no acordarse de mi persona. la primera noche que intenté matarla. la primera vez. la más dulce. recuerdo el sudor de mis manos mojando el resbaladizo mango del cuchillo de cocina. mi respiración alterada, su total indiferencia. me quedé observando cómo dormía durante varias horas. roncaba. olía a humo. le apestaba el aliento a vómito y a pastillas. la acariciaba de vez en cuando con la punta del cuchillo. de arriba a abajo. miré el reloj. eran las seis de la mañana. ya no hubiera podido esconder el cadáver a tiempo. me cercioré de que estuviera durmiendo y le quité un zapato. le hice un corte entre los dedos de los pies. no recuerdo qué dedos eran. tal vez fueron todos. guardé el cuchillo y me dormí. cuando la oí gritar, al despertarse, me desperté yo también. fue una de las poquísimas veces de mi vida que me he levantado con una sonrisa.

nunca me contó qué era lo que había pasado. toda la cama estaba llena de sangre. creyó que se lo habría hecho en la fiesta. le pregunté qué había pasado. me dijo que no lo recordaba. le pregunté si había estado con alguien. me dijo que no. luego se curó el pie. había sido una noche excitante para los dos. una noche orgásmica para cada uno de nosotros.

-¡Gracias! ¡Gracias! – volví a gritar. - ¡Muchas gracias por darme éste placer!

se las merecía. le hubiera escrito un buen libro, si todavía hubiera podido hacerlo. en mis inicios me tenía como un buen escritor. no escribía ninguna bazofia todavía. ni me compraban ni me vendían. morir no iba a

ser tan malo. no estaba nada mal, después de todo. era una grandísima oportunidad. ya imaginaba los titulares de los periódicos. "Gran escritor fallecido en un accidente de coche, en el barranco cerca de la mansión en la que se celebra una de las mayores fiestas de artistas anuales." a ella ni la mencionarían. por eso le daba las gracias, en algún sentido. para compensarla. sin ella no hubiera podido hacerlo. nunca me había gustado la idea de suicidarme. cuando alguien ve un accidente tan aparatoso como el que estaba a punto de darse lugar, asumen casi al instante que ha sido un suicidio. sin embargo, si se va acompañado de otra persona, a ser posible una mujer guapa, se abre frente a los ojos de los forenses un amplio abanico de posibilidades. podríamos haber estado acostándonos, iríamos borrachos, y se nos habría ido de las manos. podríamos haber discutido, y se hubiera tratado de un crimen pasional. podríamos haber ido puestos de alguna de las múltiples drogas de diseño que toman los artistas para inspirarse y haber tenido un mal viaje. cualquier cosa era más evidente que lo que yo tenía pensado. era un escritor rico. con una novia envidiable de la cual ni siquiera recordaba el nombre. no me dirigía a ella. me limitaba a llamarla en mis pensamientos simplemente "la chica". escritor de renombre de novelas genéricas juveniles que pareciera que se escribían y luego se cambiaban los nombres a los personajes y se distribuían docenas de copias como diferentes. tenía muchísimo dinero en el banco. crecía exponencialmente. una casa enorme. ¿por qué iba a yo a querer morir? ya estaba muerto.

había dejado de reír justo cuando se dio cuenta de que no iba a frenar. fue en ese instante en el que sintió miedo. por primera vez en su vida, sintió miedo. su cuerpo no tenía la llave que le iba abrir la próxima puerta. yo sí que tenía esa llave. la sujetaba con indiferencia frente a una alcantarilla. podía perderse para siempre. podía quedar encerrada en la habitación que yo quisiera, para siempre. hasta que sus gritos tiñeran el tiempo y todo resultara homogéneo. día tras día. llamaba con fuerza a la puerta de madera, la abollaba incluso. golpeaba la cerradura, pero no la abría. y yo reía al otro lado, junto con el cadáver. junto conmigo mismo.

-¿Quieres que frene? – pregunté, con una sonrisa.

-¡Sí! ¡Por favor! ¡Te lo ruego, te lo suplico! – gritaba ella, llorando.

-¿Eso es lo que quieres?

-¡Sí!

-Quítate el cinturón y te prometo que frenaré.

advertí un leve atisbo de esperanza en su mirada. se quitó el cinturón y yo aceleré. su cuerpo salió despedido por la luna del descapotable. me tomé la libertad de atropellarla un poco. no sabía exactamente si aquella decisión repentina fue fruto de los nervios t la amenaza durante varios minutos de la muerte o porque sencillamente era estúpida. cogí su cuerpo y lo puse en el asiento del copiloto dejando un reguero de sangre en el salpicadero. luego cogí el cadáver del maletero, lo puse en mi asiento, y empujé el coche hasta que cayó.

miré el reloj. eran las cinco y media de la mañana. temí que no hubiera tiempo, pero a menos cuarto la gasolina se cruzó con las chispas y el fuego del motor. el brillo de la explosión fue como un amanecer. había sido sencillo. morir era así de fácil.